

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 141

Valencia, 21 de Junio de 1937

María Carbonell, 2

BILBAO

ha sido atacado, principalmente, por tropas italianas

Obuses alemanes de doce pulgadas, sobre la ciudad abierta

El corresponsal del "Daily Express", refiriéndose al último ataque fucioso sobre Bilbao, escribe entre otras cosas:

"La infantería italiana iba a la cabeza del ataque que rompió las líneas de fortificaciones de Bilbao en la pasada semana. Ata-

ques continuados durante el sábado y el domingo, hicieron retroceder a los vascos de sus posiciones avanzadas a las fortificaciones de la retaguardia.

Durante este fin de semana, y a intervalos irregulares, obuses de casi un metro de altura, llovieron sobre la ciudad.

Esta clase de proyectiles, solamente ha sido usada con anterioridad en la guerra española, por los barcos de guerra alemanes que bombardearon Almería.

Hasta el momento presente, no se ha podido averiguar dónde está este cañón que lanza obuses de doce pulgadas, y es ya la tercera vez que se han lanzado contra la ciudad abierta de Bilbao. Estos obuses son de marca alemana."

Para todos los niños españoles

Un vez más, el Cardenal Verdier, señala al mundo la verdadera misión de la Iglesia, y da a sus filigreses una lección de tolerancia y de caridad cristiana. Inglaterra no es la única nación que posee un prelado de gran corazón.

El Arzobispo de París, dirige a los católicos de su diócesis un llamamiento emocionado en favor de los millares de niños vascos, que los periódicos, en fotografías patéticas, nos muestran camino del destino. El Cardenal, recuerda los nobles llamamientos de Bélgica e Inglaterra, pues, en este último país, se estableció una blanca ciudad de tiendas de campaña, una alegre ciudad de vacaciones veraniegas, para acoger a los pequeños refugiados. Pero no olvida, sin embargo, la obra llevada a cabo por los poderes públicos franceses.

El Cardenal Verdier, dice: «Quisiéramos asegurar a esos desgraciados niños el alimento material y espiritual y, además, ofrecer a España un testimonio de nuestra simpatía.»

Así, pues, el Cardenal, no sólo pide que los niños vascos, católicos fervientes en su mayoría, salvados de las bombas y de los obuses de los soldados —con escapularios— de Franco, y después obligados al exilio, sean recibidos con ternura, sino que ve en esta ayuda un testimonio de simpatía a España. ¿Qué España? No la específica. Por tanto, toda España. Y esto molestará, especialmente, a esos señores de «buenos pensamientos» —sin contar a las señoras— que quieren hacer de esta triste guerra civil una guerra de religión, una cruzada moderna. Y encuentran natural, meritorio, que en nombre de la Iglesia, se asesine a

su Patria, con la ayuda, especial, de una nación extranjera, que sin cesar, persigue de manera ruin a la Iglesia; que en nombre de Cristo se asesine a mujeres y niños que son los siervos más fieles de Cristo.

Habéis sabido, monseñor, recordarles muy oportunamente, y en términos emocionados, que Jesucristo está siempre y únicamente con las víctimas. Y les habéis hecho comprender, también, que el Dios del Amor del Evangelio, es asimismo un Dios justiciero.

Pero los niños católicos de Bilbao, no son los únicos niños que sufren en España. También sufren los niños de Madrid, que yo he visto flacos, pálidos, con grandes ojos, buscar entre las ruinas restos de comida; los niños salvados de Málaga que no tenían ya fuerza para beber la leche que se les vertía entre los labios violáceos y cuyas miradas de terror indescriptible, aún me persiguen; los niños que han sufrido el cruel e injusto bombardeo de Almería; los de Valencia y los de Barcelona. Los que viven en peligro de muerte y los que se encuentran ya en el exilio, lejos de sus madres, cuyo amor es la única Patria que ellos conocen.

Vos, monseñor, que os sabéis elevar tan por encima de las pasiones humanas; vos, cuyas palabras encuentran siempre eco, ¿no podéis lanzar igualmente un llamamiento en favor de esos niños mártires? ¿No dijo Jesucristo, con los brazos abiertos para acogerlos a todos: «Dejad que los niños se acerquen a mí?»

ANDREE VIOLLIS

El enviado especial de "The Times", en Sevilla, habla de los desembarcos italianos

En el campo faccioso todo el mundo está cansado de la guerra

El corresponsal especial de «The Times» en el campo faccioso de Sevilla ha remitido a un periódico una información, en la que se estudia el estado moral, social y guerrero del campo fascista.

Y de la información se deduce que el ambiente es deplorable, porque a pesar de haber pasado por el ojo vigilante de la censura y de haber sido escrita con la parcialidad obligada por las circunstancias en que se halla el periodista inglés, huésped de la ciudad que mancha Queipo de Llano, se reflejan en ella el malestar, la desconfianza, la inquietud que se siente en aquel campo; la descomposición que lo mina.

Dice el periodista que han pasado los días de tranquilidad; que mucha ha sido el agua que ha cortado la proa del buque italiano que, anclado en el Guadalquivir, hace oficios de cárcel desde que se inició la marcha hacia Madrid hasta este momento. Y durante esos numerosos días han decaído las esperanzas «nacionalistas».

«El esperado ataque contra Almería—añade—no se produjo; la planeada ofensiva contra el Santuario de la Virgen de la Cabeza y Jaén tuvo que ser abandonada a causa de una rápida defensiva entre Pozoblanco y Peñarroya. La em-

bestida contra Madrid fué demorada una vez más.

El más duro golpe se recibió en marzo. La propaganda «nacionalista» presentó la ofensiva del Jarama como éxito completo. Quedaba una carretera para abastecer Madrid: la que cruza Guadalajara. Con la toma de esta ciudad caería Madrid por hambre. Nadie creía en el fracaso de la operación. Por fin, Franco resolvió el problema «hombres», que desde la iniciación de la guerra le preocupaba. En los primeros momentos tuvo moros y legionarios, pero para reducir a la capital de España hacían falta muchas más fuerzas.

El fracaso de los primeros asaltos a ella, con las numerosísimas bajas sufridas, habían hecho que la ventaja fuese de los defensores.

Desembarcos italianos

A primeros de marzo llegaron refuerzos, la mayor parte extranjeros. Durante todo el invierno estuvieron desembarcando en Cádiz y Algeciras tropas italianas con armas, municiones, artillería y transportes.

Las primeras que llegaron, ocupando sus propios camiones Fiat, adornados con siniestras inscripciones que glorificaban a Mussolini y

a la muerte, se dirigieron a Málaga. Terminada la operación, cierto número de estas tropas fué enviado al frente, quebrado y roto, que unía Pozoblanco con Motril, pasando por Andújar y Granada. El resto pasó a Sevilla, y en unión de las tropas de las nuevas expediciones («el último destacamento italiano de consideración desembarcó hacia fines de febrero»), fué enviado al Norte, concentrándose en los alrededores de Soria y Sigüenza. El «asalto final» contra la capital se inició por entonces.

Durante unos días, pareció vislumbrarse el final. Y de pronto se infiltró la duda en las excitadas conversaciones de la calle, del café, del bar. Algo no marchaba bien. Queipo de Llano dijo, tratando de explicar aquel «algo», que por razones técnicas la ofensiva—que había llegado hasta Trijueque—precisaba de una breve pausa con el fin de consolidar posiciones y reforzar las líneas de comunicación.

Más tarde reconoció que Brihuega, guarnecida por un «puñado de guardias civiles», había sido evacuada a causa de su posición estratégica, desfavorable.

A partir de aquel día se dejó de hablar de Guadalajara.

La población civil se alegra del fracaso italiano

Pronto se conoció el fracaso en toda su extensión. Fueron acusados de indiscretos algunos oficiales italianos. Los facciosos españoles que volvían del frente hablaron del papel desempeñado por sus paisanos para contener la oleada de los italianos en derrota. Los alemanes no dijeron nada, pero su silencio fué elocuente.

La población civil sintió una gran satisfacción al pensar que la arrogancia extranjera sería menor en adelante, menos molesta.

La situación en el campo rebelde

Habla luego el escritor de la situación en el campo rebelde. Dice que los trenes son pocos y el servicio irregular, y los convoyes van atestados. El transporte por carretera «no se efectúa siempre cómodamente».

«Los fumadores que tienen la costumbre de cambiar el papel a los cigarrillos—añade—, es decir, la mayoría, se ven apurados muchas veces por falta de dicho papel, y otros que tienen papel carecen de tabaco. Muchas cosas que se importaban antes, tales como medicamentos, neumáticos y piezas de recambio, escasean por falta de divisas extranjeras.

Los italianos introdujeron sus tejidos, pero los envíos de éstos tropiezan con dificultades por la razón de los pagos.

Los espectáculos se resienten. Los excesos de moros y legionarios obligó a cerrar a horas más tempranas, bars, cabarets y dancings; medida que hubo que restringir aún más a la llegada de los levantiscos italianos.

Las películas se proyectan en los cinematógrafos habladas en lengua original, porque los dobles de esas películas se han hecho siempre en Madrid.

La feria de abril tuvo que suprimirse: una novillada substituyó a la serie de grandes corridas. Las patatas faltan a menudo, la carne sube de precio y las tropas de los frentes se quejan de que no se las trata bien en el aspecto de alimentos.

La agricultura sufre la ausencia de brazos y de técnicos.

La población no está con Franco

Dice el corresponsal del «The Times» en Sevilla, que estos he-

chos no justifican evidentemente las palabras de Franco cuando asegura que el territorio que domina está con él.

El carácter de la ayuda que se le presta es demasiado negativo para que se tenga fe en él. Los españoles que viven en el campo rebelde quieren que la guerra se acabe en seguida, «sea como fuere». Cada vez que circula el rumor de que va a ser llamada una quinta se observa una gran nerviosidad.

El movimiento que capitanea Franco continúa siendo lo que fué siempre. Un núcleo relativamente pequeño, agrupado en derredor de un núcleo aún más pequeño de tropas regulares.

Los requetés proporcionan al general rebelde su más sólido elemento civil. La ayuda que prestaron en los primeros días fué valiosa, pero no era suficiente en número, y mucho menos después, cuando en los campos de batalla sufrieron pérdidas elevadísimas.

Falange Española también era una pequeña organización que se ha querido convertir en movimiento de masas; pero es pobre en calidad.

Muchos de sus miembros consideran que el cumplimiento de su deber estriba en vestir el uniforme.

Los voluntarios extranjeros

La prolongación de la guerra y, especialmente, la derrota de Guadalajara—sigue diciendo el periodista inglés—, ha causado otro efecto que quizás revista más importancia.

Las primeras expediciones de «voluntarios» alemanes e italianos no causaron mella en la población civil, pero con la llegada de los importantes contingentes de tropas regulares italianas durante el invierno, las cosas variaron.

Muchos de estos soldados italianos habían servido antes en Abisinia y trajeron consigo costumbres adquiridas en aquel país.

Además, hablaban de vencer fácilmente a los españoles. El resultado fué que, al conocerse la derrota de Guadalajara, se sintiera una gran satisfacción, unida a la antipatía y al desprecio que hacia ellos se sentía.

Puede asegurarse, agrega el periodista, que la población del campo rebelde está cansada de la guerra. Ha leído demasiadas listas de muertos y heridos; siente la interrupción de los negocios; está harta de suscripciones públicas y de ver aumentados constantemente los impuestos.

La acción diplomática de la República La estancia en Valencia de los representantes de España en el extranjero

Llamados por el Gobierno de la República, han venido a Valencia todos sus representantes diplomáticos en el extranjero. Individual y colectivamente conferenciaron con el presidente del Consejo y el ministro de Estado, y les dieron cuenta de sus impresiones acerca del ambiente que reina en las naciones donde residen, en relación con la guerra civil española.

Están, pues, en Valencia, cuando escribimos estas líneas, los señores:

Don Pablo Azcárate, embajador en Londres; don Angel Ossorio y Gallardo, embajador en París; don Fernando de los Ríos, embajador en Washington; don Luis Jiménez de Asúa, ministro en Praga; don Mariano Ruíz Funes, ministro en Bruselas; don Marcelino Pascua, embajador en Moscú; señor Gordón Ordás, embajador en Méjico; don Joaquín Álvarez Pastor, encargado de Negocios en Oslo; don Manuel Martínez Pedrosa, encargado de Negocios en Viena; señor López Rey, encargado de Negocios en Bucarest; señor Díaz Zorita, encargado de Negocios en Copenhague; don Ceferino Palencia, encargado de Negocios en Riga; señor Fabra Rivas, ministro en Berna; don Carlos Montilla, encargado de Negocios en Belgrado; señor Prieto del Río, encargado de Negocios en Tánger; señor Semprún, encargado de Negocios en La Haya.

El Gobierno de la República, al llamarles, ha querido tener una impresión de conjunto de la situación internacional, en lo que se refiere a España. No es lo mismo el informe escrito que la conversación larga e íntima, donde el detalle revelador y sistemático puede ser evocado a la vez que el hecho escueto, que explica y aclara en muchas ocasiones.

Propónese el Gobierno no rectificar las líneas generales de la diplomacia republicana trazadas por los Ministerios anteriores con la aprobación de los antifascistas de toda España, sino muy al contra-

rio, unificarlas en la medida de lo posible, luego de contrastarlas con las noticias verídicas y las impresiones personales aportadas por nuestros representantes diplomáticos.

Esa unificación, desde luego, permitirá que nuestra acción internacional tenga más grande eficacia. Cada representante de la República en el extranjero ha recibido instrucciones concretas, a las que ajustará su conducta oficial mientras otras instrucciones enviadas oportunamente no le impongan modificaciones de ninguna clase. En lo sucesivo—y sin que esto quiera decir que antes hubiera que lamentar tibiezas o desorientaciones—, el mecanismo de nuestra representación más allá de las fronteras y de las aguas jurisdiccionales funcionará con precisión absoluta en defensa de los derechos y la dignidad de España.

Pero el Gobierno, al ordenar a sus embajadores, ministros y encargados de Negocios en el extranjero que vinieran a España en una fecha fija, quería también que vieran y apreciaran en su conjunto y al detalle la situación verdadera de la República, allí donde dominan las autoridades legales y se defiende, contra la traición fascista y la invasión italoalemana, el territorio sagrado de la patria. Ellos viven a muchas leguas de su país, en un ambiente exótico, rodeados por la vida multitudinaria de naciones que nos conocen mal o que casi nos ignoran, y en las cuales la propaganda rebelde formó una opinión confusa en torno de nuestra causa, sobre todo en determinados medios sociales, asustadizos y pacatos. Era bueno y útil que se confundieran, durante unos días, con el pueblo de que proceden y a quien lealmente sirven, que admiraran el milagro de la improvisación del Ejército republicano, que se dieran cuenta de la paz que reina en la retaguardia, que pudieran documentarse para que al volver a las capitales donde tienen su residencia, estuvieran en

condiciones de responder con los datos recogidos por propia observación, a las mentiras de los rebeldes y sus protectores, y desvanecer las leyendas y combatir las calumnias amontadas sobre el nombre y el prestigio de la España leal.

Naturalmente, hubiera sido cometer pecado de indiscreción, el preguntar a nuestros representantes en el extranjero cuál es el resultado de su viaje, qué impresiones han traído y se llevan, qué instrucciones les dió el Gobierno y cómo ven la situación general. Sin embargo, hemos hablado en conversación periodística con varios de ellos. Y todos han coincidido en que, desde hace algunos meses, la opinión universal se ha modificado mucho en ventaja nuestra. Los pueblos presionan a sus Gobiernos allí donde imperan las instituciones democráticas. Y esa presión de orden sentimental tendrá que determinar, más pronto o más tarde, cambios sensibles.

Los horrores cometidos por los facciosos y sus auxiliares centro europeos, han estremecido la conciencia mundial, y no sólo entre las multitudes, sino también en medios sociales muy cerrados y herméticos, donde se creía firmemente que Franco y los suyos representaban a la civilización y que el Gobierno republicano no existía prácticamente. La verdad, poco a poco, se ha ido abriendo paso. Las mentiras van siendo destruidas, y nuestra propaganda, honrada, veraz, documentadísima, hace su camino en los cerebros y los corazones. Y es de creer que antes de mucho los facciosos no tendrán con ellos, fuera de España, más que núcleos interesados egoístamente en su victoria.

Si la iniciativa del Gobierno de hacer venir a sus representantes diplomáticos ha sido oportunísima, y dará resultados excelentes. La guerra no se gana sólo en las líneas de fuego. Tiene muchos frentes. Y el frente diplomático es de los de más importancia...

Fernando de los Ríos da las gracias a Upton Sinclair en nombre de la República española

La hermosa novela de Upton Sinclair, «No pasarán», ha sido traducida al español por los socialistas mejicanos, que la publican en «Masas», de Méjico; al alemán, por la librería Malik, de Praga; al noruego, por el «Tiden Novsk», de Oslo; al sueco, por la librería Holmstrom, de Estocolmo; al holandés, por la casa «Sewire» de La Haya; al danés, por la «Sozaldemokraten», de Copenhague; al húngaro, por el editor Benamy, de Budapest; al checo, por la «Lidova Kultura», de Praga.

Don Fernando de los Ríos, embajador de España en Washington, ha dirigido a Upton Sinclair la siguiente carta: «Mi profunda gratitud por vuestro libro «No pasarán», en nombre de mi Gobierno, de mi pueblo, de sus mujeres y de sus niños, que prefieren la muerte a la indignidad».

El profesor Rupilanchas, martirizado por los rebeldes

Doscientos fascistas se movilizaron desde el primer momento para descubrir el refugio del diputado socialista Rupilanchas...

Al cabo de los tiempos se supo que había estado oculto en casa de una pescadora del Muro.

Se la detuvo, se la golpeó hasta dejarla sin sentido.

Se repitieron los palizos por cuatro o cinco veces, hasta que la desventurada confesó, enloquecida de dolor...

Comenzó una persecución de pesadilla...

Hasta veinte personas fueron encerradas acusadas de proteger al joven diputado socialista.

Por fin, una noche, en una casa del barrio del Puente del Pasaje, fué capturado...

A culatazos y puntapiés se le llevó por la Guardia civil al cuartel de Atocha.

Con él ingresaron en los calabozos diecisiete hombres y tres mujeres, acusados de haberle escondido...

Se celebró el Consejo de Guerra en el cuartel de Atocha.

Rupilanchas fué acusado de haber pronunciado un discurso laico en el Congreso...

El diputado socialista, que se había negado a nombrar defensor, y que a su vez defendía a los otros

encartados, pronunció un informe impresionante contra sus verdugos.

Al terminar, Rupilanchas, rasgando su toga, sus ropas interiores, se quedó desnudo de medio cuerpo, y el público, que en gran número asistía a la vista, prorrumpió en gritos de horror.

El pecho, la espalda y los brazos del batallador diputado eran una enorme llaga.

—¡Así es como tratáis de arrancar confesiones a los que caen en vuestras garras!

Torturándoos, quemándoos las carnes, como me habéis hecho a mí, que os desprecio porque sois unos asesinos, vergüenza de un país civilizado...

¡Me mataréis, pero sabrá el mundo entero cómo me habéis torturado!

No lo dejaron terminar. Se abalanzaron guardias y falangistas, y a empujones lo sacaron del salón.

Hubo que despejar a sablazos la Sala, pues el público prorrumpió en gritos de protesta...

Se firmaron aquel día las veinte sentencias de muerte contra todos los encartados en el «proceso Rupilanchas»...

Este, hasta el día 2 de junio, aún no había sido fusilado, así como tampoco ninguno de sus amigos.

Las informaciones que se publican en este Boletín responden siempre a la veracidad más estricta

EL TERROR FASCISTA

(Relato de las monstruosidades cometidas por los traidores en las plazas donde imperan.)

(Continuación)

misma. Se despliegan en semicírculo para rodear a un transeunte, al que bruscamente se aproximan hasta ponerle, simultáneamente, sobre el pecho y la espalda, los cañones pulidos de sus winchesters de repetición o los de sus pistolas ametralladoras maüsser. No había más remedio que levantar las manos, contestar a sus preguntas y consentir sus cacheos.

«Por fortuna, aquella noche, el salvaconducto tan... amablemente concedido por el propio jefe del segundo buró fascista con el título de periodista americano, me hizo un gran servicio. Le debo nada menos que el no pudirme ahora en uno de los caminos de los arrabales de Sevilla.»

«Porque estos falangistas, asesinos sin bravura y sin gloria, poseen un dedo índice muy nervioso. Pronto comenzaron a dejarse oír por todas partes detonaciones. En la calle de Bailén, por la que pasé a eso de las once de aquella noche, asistí, desde una distancia que no llegaba a veinte metros, a una de sus ejecuciones de «salvación nacional». La víctima fué un desgraciado que, habiendo bebido en demasía, no levantaba las manos con la rapidez exigida. Además al grito salvador de «¡arriba España!» que se le obligó a dar, «le faltaba convicción». Se le consideró «espía marxista» y fué obligado a apoyarse contra una puerta. El jefe de patrulla le puso bajo el mentón la pistola ametralladora y todo cuanto dijo el desgraciado se perdió entre el ruido rabioso de medio cargador.»

«Más lejos, en la calle de La Coruña, contemplé un edificante espectáculo. Los falangistas acababan de derribar la puerta de una casa de la que, a golpes, ex-

pulsaban a toda una familia. ¿Qué crimen habían cometido? Creí entender que la familia estaba escuchando la Radio Valencia. «Espías marxistas», dijo el subjefe de la patrulla. Ante la inoportuna presencia de un extranjero, el grupo quiso ser indulgente, y se contentó con fusilar al padre y a la madre, dejando con vida al hijo, de unos diez años de edad, porque se le consideró «irresponsable». Desde la expulsión hasta el tiro de gracia, solamente transcurrieron unos cuantos minutos.»

«Realizado el crimen, los falangistas desaparecieron entre las sombras, no sin haberme ordenado que, si no quería exponerme a graves perjuicios, regresara a mi hotel lo más pronto posible. Al lado de los dos cuerpos ensangrentados sollozaba un niño con ojos alocados. Tuve la curiosidad de penetrar en su humilde morada. No había ningún aparato de radio. Únicamente vi sobre el piso los restos de un fonógrafo de pacotilla.»

«Por lo demás, estos falangistas pertenecían a las secciones menos favorecidas. La «élite» circulaba en autos requisados o en camiones militares «Fiat». Es preciso creer que los ocho mil «espías marxistas» fusilados por Queipo de Llano, el sangriento bufón, no bastaba para la gloria de los jefes rebeldes de Sevilla, por lo que los falangistas motorizados dedicaban todas sus noches a mejorar aquellos resultados. Trabajaban más discretamente que los otros, y no mataban en las calles, pero en sus coches se apretujaban, pálidos y desconfiados, los detenidos, medio desnudos, que eran conducidos rápidamente al camino o al bosque más próximos.»

La Radio Luxemburgo emitió, el día 22 de febrero, un reportaje de la España de Franco, testimonio de M. François de Pierrefeu, escritor francés reaccionario, que, a pesar de su ideología fascistoide, no ha podido evitar la repulsión que le produjeron las «hazañas» de los franquistas sevillanos.

Había ido a Sevilla. Espiado, fué detenido, y, en una de las diez prisiones sevillanas, se convirtió en uno de los diez o doce mil presos que languidecen esperando la tortura y la muerte. Ha visto, y atestigüa, horrores de la represión nacionalista. Contempló infelices apaleados hasta sangrar, porque no querían decir lo que no era cierto. Ha visto docenas de inocentes, ser sacados diariamente de la prisión para ir a la muerte. Ha hablado de la fosa común anónima, de catorce kilómetros de longitud, que, naciendo en los alrededores de Sevilla, se pierde en el campo andaluz.

Describe la abyecta prisión. Los dos grifos de agua potable y los dos retretes para seiscientos prisioneros.

M. Pierrefeu, decía también que para ser sumido en una de aquellas mazmorras bastaba una simple denuncia, una sencilla presunción. Era suficiente haber sido republicano durante la República.

Describió, en su reportaje radiado, muchos detalles de las cárceles. En su propia prisión, el cinco por ciento eran prisioneros por delitos comunes; otro cinco por ciento, comunistas; los demás, gentes sencillas que eran enviadas a la tumba después de ser vagamente bendecidas en nombre de Cristo por un jesuita.

M. Francois de Pierrefeu, tras de haber estado dos veces en peligro de ser condenado a muerte, como «espía bolchevique», fué sacado de allí gracias a las diversas gestiones de las Cancillerías, que se ocuparon de su suerte.

La declaración jurada de Jesús Corrales, que consiguió evadirse a mediados de agosto de Sevilla, nos dice el terror que padecieron los sevillanos en los primeros días de la sublevación.

«He visto en Sevilla, con mis propios ojos, en un callejón del barrio de San Bernardo, el fusilamiento de un grupo de cerca de ciento cincuenta presos, entre los cuales había mujeres. Para mantener a la población hostil a los rebeldes en un estado de terror continuo, el general Queipo de Llano ordenó que se fusilara a los prisioneros, no, como al principio, en el cuartel o en el cementerio, sino en las calles de los barrios obreros y que se dejaran los cadáveres allí mismo, durante varias horas, después de haberlos rociado con cal viva. Los fusilamientos colectivos, se efectuaron, pues, desde los últimos días de julio a base de un plan sistemático, alternativamente, en los barrios de la Macarena, San Lorenzo, San Bernardo y Triana. El número total de los fusilados se calculaba, a primeros de agosto, en unos 7.000. En los fusilamientos se procedía de esta manera: hasta las diez de la noche, los presos eran transportados en camiones a las calles destinadas para la ejecución, siendo fusilados al apearse.

Los corresponsales del «Paris-Soir», Wornser y Mauren, partidarios de Franco, relataban en su periódico la conquista de Sevilla realizada el 20 de julio por las tropas sublevadas. «En cuanto los refuerzos—se trata de la Legión Extranjera y de los moros—llegaron a Sevilla, se dieron las órdenes para el ataque, y éste

Italia prepara un gran ejército con destino a España

Londres.—Dice el «Daily Worker»:
«Mientras los republicanos españoles continúan su avance hacia Segovia, mediante ofensivas en los frentes de Asturias y Guadalajara, en París y Londres corrieron rumores de que Mussolini había ordenado se efectuasen los preparativos finales para la intervención italiana en gran escala para salvar a Franco.
Según se dice en París, decenas de miles de hombres, incluyendo a los que pidieron ir a Abisinia, han sido movilizados en toda Italia. Cuando terminen su instrucción, dicen las referencias, serán enviados a España en unidades completas de un ejército regular de intervención.
Según algunos observadores, la situación interior de España, que se agudiza cada vez más, ha causado tanta alarma al Gobierno italiano que se ha tratado de tomar medidas excepcionales.
Mientras, los agentes de Franco en Lisboa, han publicado un aviso en los periódicos llamando a las armas a todos los jóvenes, movilizándolos inmediatamente.

«La sangre de nuestro pueblo, caerá sobre los que han dejado que se vertiese...»

Declara Picavea, representante del Gobierno vasco en París

El señor Picavea, representante del Gobierno vasco en París, acompañado por el doctor Espinosa, ministro de Sanidad en el País Vasco, ha hecho en la embajada de España, el pasado lunes, las siguientes declaraciones sobre la situación de los leales españoles:
«Tres meses de heroica resistencia contra una ofensiva terrible nos ha conducido a la situación actual. Admirados y abandonados por el mundo entero, hemos resistido el ataque más bárbaro, la invasión más atroz que ha conocido la Historia. Luchamos únicamente por nuestro patriotismo, sin más defensa que nuestro instinto de conservación y en medio del silencio sospechoso de Europa, contra la capacidad exterminadora de algunos países europeos y contra el saivajismo de ciertos pueblos africanos. Luchamos, pues, contra el furor de la barbarie universal y contra el silencio de la Europa civilizada.
Este silencio, tan alentador para los agresores, que lo consideran ya como una colaboración pasiva y como una aprobación tácita, ha llegado a tal grado que compromete gravísimamente, ante la Historia, la responsabilidad de los que se han hecho culpables.

Como representante de mi Gobierno, yo afirmo que en el puerto de Pasajes, a 10 kilómetros de la frontera francesa, cinco barcos alemanes y otro belga han desembarcado públicamente estos últimos días, gran cantidad de material de guerra, entre él 400 cañones, y esto sin ningún disimulo, como lo prueba el hecho de que los cañones estaban sencillamente cubiertos con toldos.
La supercheria del control es cada día más evidente.
Al dar a conocer este nuevo acto de intervención extranjera no pretendo revelar sino lo que, desde hace tiempo, es conocido por todos, debido a hechos semejantes. No queremos, hoy, sino afirmar, ante la actitud pasiva que obstinadamente guarda el mundo civilizado, que nos abandona a la vez que nos admira, que Euzkadi, si ha de perecer, no lo hará en silencio. Después de un año de resistencia, el crimen va a ser consumado. Pero la sangre de nuestro pueblo caerá sobre aquellos que la han vertido y sobre los que han dejado que se vertiese; el exterminio de la más vieja democracia de Europa manchará para siempre la conciencia universal.
(De «L'Humanité», 16-6-37.)

CONFESION PROPIA...

Legionarios italianos caídos en el frente de Madrid

Roma, 14 junio.—Publicamos a continuación la cuarta lista de legionarios italianos caídos en España, en el frente de Madrid, en los combates del 8 al 18 de marzo:
Luigi Biranda, Alfio Tomaselli, Giovanni Teottini, Francesco Pisu, Luigi Franca, Luigi Rosella, Biagio Abate, Floreal Ferrari, Cuartiero Nerval, Luigi Cirello, Torquato Del Río, Vero Amore, Luigi Boretto, Giuseppe Delfino, Angelo Tofano, Enrico Lozzaretti, Giuseppe Mussa, Pasquale Pepe, Giovanni Caldirola, Pietro Gori, Edmondo Lemma, Giulio Bernasconi, Alfredo Piani, Carlo Guzzi, Carlo Beltrame, Andrea Ganci, Francesco Marino, Paolo Amoruso, Giovanni Alfano, Francesco Rosi, Armando Coppini, Nicol Caradonna, Umberto Manini, Edoardo Tacredi, Luigi Tomasini, Nicola Virgilio, Antonio Collantonio, Carlo Pucci, Adolfo Barsottini, Mario Ferrero, Gino Ortori, Guido Benfaremo, Emilio Capetta, Francesco Arduini, Francesco Modica, Adelmo Manara, Giovanni Sidoni, Assunto Guadagni, Mario Corsinovi, Luigi Orlandi, Walter Girelli, Sestilio Maranzano, Orlando Tuzzi, Giuseppe Capezzi, Attilio Carrías, Salvatore Cossu, Giovanni Torbeddu, Arcangelo Ortu, Antonino Salemi, Giovanni Soru, Giovanni Zurro.
Natale Manca, Giovanni Galeazzi, Domenico Mazzelli, Donato Bavosa, Nicola Badolato, Quintino Lio, Innocenzo Villa, Enrico Gobetti, Pietro Cucchi, Paolo Amato, Sante Fichera, Mario Montagna, Torino Volpe, Nicola Carullo, Salvatore Parisi, don Paolo Francesco, Virgilio Fianneni, Giovanni Trusgnak, Vincenzo Barbato, Ugo Onofri, Federico Altieri, Adolfo Scaguet, Salvatore Guerrieri, Mario Bison, Ermeregildo Venturini, Emilio Tattini, Andrea Pacchioni, Vito Tozzo, Bruno Bianchi, Luigi Marchetti, Marcello Cassinelli, Felice Godini, Oreste Ruffini, Nicola Gallo, Giovanni Destino, Antonio Lucci, Salvatore Maiarelli, Angelo Valvassori, Carlo Sampiero, Giuliano Mafezzoni, Ippolito Antonelli, Giuseppe Baldoni, Vincenzo Pedaggio, Gino Golletto, Mario Plat-

ti, Egidio Pizzol, Edoardo Ramezzata, Battista Ion, Agabito Di Girolamo, Ettore Risdonne, Vittorio Crisante, Mario Di Sibio, Arturo Antonelli, Domenico Carullo, Oliviero Giustizzieri, Pasquale Fiorini, Gaetano Di Mauro, Guglielmo Ghilardi, Sesto Fioretti, Bruno Carlini, Dario Ciarlanti, Alvarez Ardinchí, Benso Bessi, Domenico Megale, Spartaco Scaili, Ugo Nicolini, Ettore Baldon, Elio Costa, Alessandro Lingardi, Ennio Moro, Leonardo Calati.
Innincenzo Tanese, Domenico Castolo, Aldo Bonini, Vittorio Galeazzi, Francesco Crisafi, Ercole Seraio, Giuseppe Romano, Bruno Piro, Antonio Tutella, Pasquale Raus, Salvatore Cristoforo, Pietro Alonzi, Giuseppe Ferretti, Cesare Ragni, Bruno Bonafini, Ezio Nacci, Vincenzo Formica, Tullio Madrigali, Felice Pellegrino, Domenico Principessa, Vincenzo Paoloni, Vittorio Di Giusto, Giacomo Bottigliari, Nicola Bogo, Giuseppe Valenti, Vincenzo Baldi, Luigi Colombi, Alessandro Toso, Mario Toso, Ugo Orlandi, Arturo Giuliani, Amedeo Ferrari, Giacomo Medalago, Virgilio Franchi, Alberto Giacobazzi, Michele D'Alessandro, Giuliano Iovinetti, Giuseppe Paoletti, Filippo Mastrocola, Olindo Giagnocovo, Antonio Ferragalli, Luciano Palmieri, Paolo Di Curzio, Silva Cricchi, Giovanni De Biase, Renato Cantini, Gio. Battista Ghiumello, Mario Cicognani, Salvatore Palazolo, Giuseppe Olimpo, Beniamino Taddeo, Luigi Gandossi, Edoardo Polzelli, Vittorio Partin, Vito Masgagli, Alfredo Donini Abi, Clemente Fossan, Giuseppe Bracci, Diego Mura, Francesco Campagna, Giorgio Giuliani, Luigi Giudice.
Sebastiano Foti, Pietro Cavanaugh, Giuseppe Bagnato, Ferdinando Ramazzotti, Secondo Pasino, Sebastiano Mattana, Dante Sanna, Domenico Miceli, Ottorino Meo, Fiorenzo Mino, Ivano Frediano, Attilio Rosati, Edoardo Ardighi, Ettore Baldon, Guglielmo Iovinelli, Ezio Nazzi, Nello Bamorino, Adelmo Pieri, Francesco Nocella, Marcello Candido, Armando Potini, Pierino Antonelli, Petrucio

Petruci, Angelo Lollobrigida, Francesco Alberto, Attilio Massi, Salvatore Leonardi, Nazzareno Mazzutelli, Pasquale Antero, Michele Marrore, Amerigo Bomboletti, Francesco Spiritiglozzi, Luigi Fucic, Luigi Agosta, Francesco Pala, Antonio Pirisi.
* * *
La lectura de los nombres gloriosos de los legionarios italianos heroicamente caídos en el frente de Madrid en los combates del 8 al 18 de marzo, hace estremecer de emoción viril el corazón de todo el pueblo italiano.
En España, los legionarios italianos han escrito páginas brillantes de valor y han dado heroicamente su vida. A los caídos va dirigido el reconocido saludo de la Patria, a esos que voluntariamente se inmolaron por un gran ideal, el cual asegura el triunfo de la civilización contra el bolchevismo bárbaro y destructor. En España se combate en nombre de Roma contra el bolchevismo que intenta, por todos los medios, llevar su barbarie al Mediterráneo, para poder destruir la civilización europea en sus casas, en sus familias, en sus instituciones morales; pero los planes bolcheviques han encontrado fin en la España martirizada gracias a los legionarios de Roma, que con su heroísmo y su valor han contenido las hordas salvajes y destructoras.
Estos heroicos camaradas caídos en los sangrientos combates del frente de Madrid no serán olvidados. Y sus nombres serán dignamente honrados y transmitidos como ejemplo luminoso de la fe que enciende a todo el pueblo italiano, y del heroísmo de los legionarios italianos que aún combaten.
Sus sacrificios serán vengados.»
(«Corriere della Sera», 14 junio 1937.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este Boletín

se hizo implacable, con granadas de mano y fusil. A nadie se concedió perdón. Por orden del general Queipo de Llano, tuvieron que abrirse de par en par todas las puertas y ventanas de las casas del barrio obrero de Triana; se sacó de ellas a los vecinos varones, que fueron llevados a rastras, siendo fusilados al amanecer del día siguiente, siendo cincuenta y prosiguiendo, en los días sucesivos, las ejecuciones al grito de «¡Arriba España!»
«The Daily Worker», de Nueva York, publica una carta del marino norteamericano Bill Anderson, que durante el invierno último ha realizado un viaje por España y ha estado en algunos puertos facciosos. El texto de la carta es el siguiente:
«Al comenzar la revolución, el general Franco alardeó de tener a su lado al setenta y cinco por ciento del Ejército español. Pero parte de él todavía no ha sido enviado al frente, porque inspira a Franco una seria desconfianza. Muchos de los hombres del Ejército regular hacen guardia en las calles, en los docks, etcétera. Para este servicio sólo se les dan tres balas, porque nadie sabe lo que puede suceder si se les dan más.
Se pregunta la gente por qué razón, si les falta el apoyo del pueblo, éste no se levanta contra ellos. Ha habido muchos levantamientos contra Franco en el Ejército fascista, y, en muchos casos, familias enteras han sido liquidadas por la razón de que uno de sus miembros se había opuesto al fascismo. Hoy, las cárceles y los campos de concentración están llenos de presos civiles y militares. En Triana y Sevilla, las prisiones están completamente abarrotadas. Para poder albergar a los nuevos presos sacan a los antiguos en camiones durante la noche y los fusilan en las colinas. Los fascistas utilizan a los presos como blanco para el tiro de los nuevos reclutas.
He visto, escritos en las paredes, letreros como éste: «Si conoces a algún espía, no importa quién sea, tu hermano, tu hermana, tu padre o tu madre, denuncia-lo, porque, si las autoridades comprueban que conoces a algún espía y no lo has denunciado, sufrirás el mismo castigo que él.»
Yo tenía un amigo español —navegábamos en el mismo barco— algunos de cuyos parientes residían en Sevilla. Me hospedé en su casa. Allí nos dijeron que, al comenzar la rebelión, los fascistas apresaron a todos los marxistas y simpatizantes, por la menor sospecha,

y los fusilaron. Venticuatro mil trabajadores fueron fusilados en los jardines de la Exposición.
Dimos un paseo por los jardines —uno de los parques más bellos del mundo— y aún pudimos ver manchas de sangre sobre las paredes blanqueadas.
Una muchacha dijo que cuando los fascistas saquearon la Casa del Pueblo, rompieron los muebles, rasgaron en pedazos una bandera roja y la arrojaron por la ventana. Una niña de ocho años cogió un pedazo para vestir a su muñeca, y por este grave delito fué asesinada por los fascistas. A los niños de la Liga de Jóvenes Comunistas les cortaron el brazo por hacer el saludo de los trabajadores. Tal es el terror en la España fascista.
Ocurre algunas veces que los guardias que vigilan a los detenidos son sus parientes. En cierta ocasión, los guardias se negaron a matar a sus familiares, y cuarenta de ellos fueron detenidos y fusilados.»
«Le Populaire», del día 7 de enero, confirmaba la un restaurante un soldado español, y, sin mediar palabra, nes de ejecución están constituidos, en muchas ocasiones, por miembros escogidos del partido nacionalsocialista, que no cesan de «trabajar» día y noche. Así, el 31 de diciembre, a media noche, más de cincuenta personas fueron quemadas vivas en Sevilla.
La impresión de malestar por la ingerencia italiana y alemana se hace cada día más patente; los sevillanos están hartos de sufrir las humillaciones y las vejaciones de todo carácter de que les hacen objeto los intrusos que han tomado Sevilla por campo de sus fechorías.
El día 18 de febrero, se encontraba comiendo en un restorán un soldado español y, sin mediar palabra, fué asesinado por un soldado italiano, que le disparó dos tiros por la espalda. Los apaleamientos a infelices mujeres, la rotura de enseres, los escándalos en establecimientos públicos, están a la orden del día.
Bertrand de Jouvenel —el reportér fascista de «Paris-Soir», amigo personal de Hitler—, cuenta en su periódico la siguiente escena:
«Un grupo numeroso de hombres se encuentra en la gran plaza de la Villa. Unos cuantos militares hacen una investigación rápida. Y un juicio sumarísimo más rápido aún. Después, los vencidos, dentro de sus ropas humildes, son maniatados contra la pared. Los pequeños soldados imberbes asisten a la escena con t-

aire tímido. Yo pregunto al teniente Bláñez: —¿Los fusilarán?— Responde encogiéndose de hombros: —¿Qué quiere usted! Es preciso...»
Los mismos periódicos facciosos deja traslucir, en ocasiones, la lamentable situación en que han quedado los pocos obreros que no han sido fusilados. Se les trata como verdaderos esclavos.
El diario «La Unión», de Sevilla, en su edición del 27 de abril de 1937, insertaba la siguiente nota: «El Secretario de la Federación Sevillana de Trabajadores (C. E. S. O.), Antonio Torres, publica un artículo dirigido a la autoridad a quien corresponda, en el que dice que la alegría experimentada al ver desaparecer la lucha de clases, se empaña por el proceder egoísta de algunos patronos, que, en la retaguardia, no sienten los esfuerzos de los que están en la guerra. Algunos albañiles llegan a dicha Federación lamentándose del trato injusto que reciben del contratista Salvador Rull. Este señor, «profano totalmente en los sistemas de la construcción, dirige y ordena los trabajos de manera absurda.» Los obreros trabajan a destajo, por ser ésta la condición impuesta a los que no tienen más remedio que aceptar, sea como sea, proporcionando, así, ganancias al contratista. Los obreros, aún trabajando incesantemente, nunca logran pasar del jornal en vigor, y, en muchos ni a esto llegan. El trabajo a destajo es un delito y va precisamente contra el paro obrero. El patrono de ferencia sigue en el trato con sus trabajadores una política revanchista, pues entiende que las circunstancias son propicias para vulnerar las bases de trabajo y cometer injusticias. El señor Rull dice que para tratar a los obreros «sobra la conciencia, y lo que hace falta es látigo». También dice que los andamios no hace falta asegurarlos mucho, porque «algún obrero sólo vale dos reales, aunque a veces haya de pagarse 5.000 pesetas por cada uno cuando surge un accidente mortal». El articulista somete este caso a las autoridades, esperando que éstas evitarán que se produzcan tales hechos.
Una revista londinense, reconocida en todo el mundo por su seriedad y prestigio, la «New Stateman and Nations», en su artículo 2.299, correspondiente al 14 de noviembre de 1936, publica un artículo de George Beaton, en el que éste hace la crítica de un folleto publicado por la «Junta de Burgos», en el que se relatan
(Continuará)

La charla de las ideas

Nuevas pruebas de la agresión fascista

De buena fuente diplomática sabemos que en el otoño de 1935, altos jefes del fascismo fueron enviados por Mussolini a España.

Era la época del Gobierno de transición, de Alejandro Lerroux. El Ministro de la Guerra, Gil Robles, jefe del partido católico, preparaba la «marcha» sobre Madrid, haciendo construir fortificaciones militares que servirían para el mismo fin.

¿Qué hacían entonces en España los emisarios de la dictadura de Roma?

Es un problema histórico que se resolverá, probablemente, al final de la actual guerra.

Ahora resulta claramente que el Gobierno reaccionario de Madrid se preocupaba entonces de impedir el irresistible desarrollo de las fuerzas proletarias.

Cuando sobrevino la revolución del 14 de abril de 1931, Niceto Alcalá Zamora, Jefe del Gobierno provisional, dijo: «Hemos efectuado un cambio de régimen sin derramar una gota de sangre, y sin romper un solo cristal.»

Pero la verdadera revolución, después de aquella heroica, pero parcial de octubre de 1934, vino el 16 de febrero con el triunfo de las fuerzas populares.

Desde entonces, se intensificaron las conjuras reaccionarias para destruir aquel triunfo, que era el resultado de una larga lucha evolutiva conseguida por el pueblo español, principalmente por las clases trabajadoras.

¿Cuál fué la obra de las dictaduras de Roma y Berlín en esta conjura contra las derechas españolas?

¿Qué parte tomaron en la preparación de la «marcha» sobre Madrid?

«El Manchester Guardian» hizo saber, con pruebas documentales, que el general Sanjurjo, que en 1932 había dirigido la intentona monárquica, poco tiempo antes de la sublevación militar del 19 de julio de 1936, había ido a Berlín.

Ahora conocemos no sólo la precedente trama fascista, sino también otro documento del que resultan más pruebas.

En un oficio de la dictadura mussoliniana, en agosto de aquel año, fué enviado un informe que empezaba: «Los acontecimientos se precipitan...»

¿Los planes para la «marcha» sobre la metrópoli española, no estaban aún terminados?

¿O es que Roma y Berlín no habían decidido aún cómo repartirse la codiciada presa?

De todos modos, es cierto que la agresión contra España fué preparada por las dos dictaduras.

Y nuestros nuevos informes, obtenidos en fuentes históricas y documentales, nos ponen en situación de poder afirmar que cuando Mussolini, en mayo del año pasado, declaró que Italia, después de la ocupación de Etiopía, era una potencia satisfecha y deseosa de paz, ya había tramado la invasión de España.

Sucesos imprevistos hicieron estallar la sedición del 19 de julio antes de lo que las dictaduras de Roma y Berlín habían previsto.

El plan de la sublevación de los generales perjurios, predecía un éxito favorable y rápido.

Pero la defensa heroica del pueblo español, afrontó decididamente el formidable «pronunciamiento» que había lanzado al asalto a casi todo el Ejército.

La inesperada reacción popular obligó a los generales traidores a hacer venir de Marruecos a los moros, al famoso «Tercio», la Legión Extranjera. Y, por último, de Alemania y de Italia fueron enviados aviones, tanques y todas las armas necesarias.

El 3 de agosto, Francia propuso a las demás potencias la constitución de un «comité» de no intervención.

Las vicisitudes de este «comité» son bien notorias.

La forma cómo Italia y Alemania han respetado la garantía de neutralidad, es generalmente conocida.

Las dos dictaduras, en un momento difícil para la defensa de Madrid, el 19 de noviembre, se quitan la careta y declaran simultáneamente que reconocen como Gobierno a la Junta militar de Burgos.

Desde entonces, las violaciones de la neutralidad son más numerosas, y llegan hasta el envío de 80.000 hombres por parte de Italia, con Divisiones motorizadas, aparte de gran cantidad de aviones.

Se intenta, de nuevo, agredir a Madrid, a cuyo frente se envían 30.000 «voluntarios». El fascismo recibe una derrota aplastante. Las tropas republicanas y las Brigadas internacionales, compuestas por verdaderos voluntarios, obtienen una victoria que hubiera podido ser decisiva si el Comité de No Intervención no continuara representando aquella escandalosa comedia de cuyos papeles más importantes es responsable el Gobierno inglés.

Y ahora, después de diez meses de guerra, que tiene como piedras milenarias la historia de los horrores de Badajoz, Irún, Madrid, Málaga y Guernica, la Humanidad asiste casi inerte a la suerte que correrá el heroico Bilbao.

La última feroz matanza llevada a cabo por la aviación «nazi» sobre la antigua capital de los vascos, levantó una inmensidad de protestas, pero la comedia de la neutralidad continúa.

La censura del vandálico hecho de Guernica, hizo negar al responsable su culpa.

Hitler, después del delito, negó haberlo cometido.

Pero nuevas pruebas han demostrado que el suceso fué efectuado por aviadores alemanes.

La prensa fascista hizo saber que en las últimas acciones militares contra Bilbao han participado los «Flechas negras».

¿Quiéren los derrotados de Guadalajara reanudar sobre la ciudad mártir la matanza de mujeres y niños perpetrada en Corfú?

Y el proletariado internacional, ¿asistirá sin indignarse contra tantos y tantos delitos de lesa humanidad?

¿Dejará que se cumplan impunemente hechos tan horribles?

El Santo Padre, después de diez meses de guerra exterminadora, se pronuncia finalmente para interponer sus buenos oficios a favor de los católicos españoles.

La Internacional de los trabajadores, ¿no puede poner término a la hipócrita comedia que se representa en Londres?

GASPARE NICOTRI

(De «La Stampa Libera».)

Una declaración de «Giustizia e Libertà»

«Acusamos formalmente a Benito Mussolini de haber dado orden a asesinos profesionales fascistas de que viniesen a Francia a asesinar a Carlo y a Nello Rosselli. El crimen, en su concepción, en su ejecución y en la cobardez cruenta de la emboscada, lleva todos los signos característicos de la técnica fascista. Por los detalles siniestros, así como por su origen, su método y su fin, este crimen recuerda y reproduce el primero de los horribles crímenes de Estado del fascismo: el asesinato de Giacomo Matteotti. El dictador ha escogido su víctima con madurez. Mussolini marca con un sello sangriento su juicio sobre el valor político de sus adversarios. Después de Matteotti, Améndola y Gobetti; ahora es Carlo Rosselli la víctima del odio y del miedo del dictador. La elevación de su espíritu, su vasta cultura, el ardor de sus principios y de su lucha, el sufrimiento vivificante y renovador que aportaba a la propaganda del antifascismo en Italia y en el exilio, su campaña de unión proletaria para la lucha final contra el fascismo, el capitalismo y la opresión moral y material del mundo, hicieron que Mussolini reconociese justamente a Carlo Rosselli como el más peligroso de sus enemigos. Por lo tanto, según el método fascista, ha sido eliminado.»

(«L'Oeuvre», 15-6-37.)

Dos notas del Ministerio de Defensa Nacional

Como en el incidente de Ibiza, los alemanes acusan a la República española de una agresión, que es totalmente falsa

Ante una nueva maniobra de gran alcance internacional que adquiere todos los caracteres del incidente de Ibiza, nuestro ministro de Defensa, camarada Prieto, hace pública la siguiente manifestación:

«Agencias oficiosas alemanas han lanzado hoy la noticia de que el Gobierno de Berlín asegura que el crucero «Leipzig», de dicha nacionalidad, ha sido agredido en dos ocasiones, estos últimos días, por submarinos al servicio del Gobierno de la República española, que dispararon contra él varios torpedos, sin lograr alcanzarlo. El mi-

nistro de Defensa Nacional afirma que esas manifestaciones son absolutamente falsas. Ninguna unidad de nuestra escuadra ha realizado contra el mencionado buque semejante agresión y, al consignar tan rotunda negativa, que tiende a cortar una vil maniobra, el ministro lo hace no sólo bajo la responsabilidad que pueda darle su cargo ministerial, sino afianzándola incluso con su honor personal, que jamás invocaría, ni aun por razones de Estado, en desmentir hechos que considerase ciertos o sobre cuya existencia le cupiese alguna duda.»

Sobre el bombardeo del «Deutschland»

Cuando algunas bombas de dos aviones nuestros alcanzaron en el puerto de Ibiza al crucero alemán «Deutschland», el Ministerio de Defensa afirmó que previamente este barco había hecho fuego contra los aparatos, lo cual se negó, en forma terminante, desde Berlín, asegurándose en la versión que del incidente se dió allí, que en ningún momento había disparado el buque.

Ahora, con motivo del entierro, en Wilhelmshafen, de los marinos muertos a bordo del «Deutschland», el almirante Raeder ha dicho que al ser divisados los aviones que volaban «sobre las montañas y la aldea de Ibiza», estaba montado en el puente superior, «como de costumbre desde hace mucho tiempo en los navíos de vigilancia a lo largo de las costas españolas, el servicio de guardias contra aviones, es decir, que una parte de las ba-

terías antiaéreas, con sus aparatos de mando y sus puestos de observación, estaban ocupados por el personal».

Añadió el mismo almirante que se tenía orden de «abrir fuego sobre todo avión sospechoso, de acuerdo con la advertencia hecha a los jefes militares rojos de Valencia, después del incidente de Palma».

Por último, aseguró que los observadores alemanes «vieron y señalaron inmediatamente a los aviones antes de que lanzasen bombas» y que «el comandante, que se hallaba en la pasarela de mando de noche, dió en seguida la orden «de alarma, abrid el fuego», si bien las bombas de los aviones cayeron antes de que sonase un cañonazo».

De este relato oficial, formulado en ocasión solemne, resulta, confirmando la versión del Gobierno español:

Primero: Que nuestros aparatos realizaban vuelo de reconocimiento.

Segundo: Que el servicio de defensa antiaérea del «Deutschland» estaba alerta.

Tercero: Que existía la orden de abrir fuego contra todo avión gubernamental, sin que precediera agresión por parte de éste.

Cuarto: Que nuestros aviones fueron divisados antes de aproximarse al «Deutschland»; y

Quinto: Que se dió orden de abrir fuego contra ellos.

Como es de suponer que esta orden fué cumplida, no hay otra discrepancia entre este relato y el que, en su día, ateniéndose estrictamente a la verdad, publicó el Gobierno español, que la de que las bombas de nuestros aviones cayeron sobre el barco antes de que éste disparara sus cañones, cosa inverosímil ante la consigna referida de disparar contra todo «avión rojo sospechoso», y la circunstancia, confesada, de que los observadores alemanes vieron con bastante anticipación a nuestros aviones.

Carta abierta al director de «The Manchester Guardian»

Los barcos del Control no tienen derecho a permanecer en aguas territoriales españolas

Señor:

Es extraño que se necesiten tantas negociaciones para llegar a una «fórmula» que evite en el futuro incidentes como el bombardeo del «Deutschland», por aeroplanos gubernamentales. Aquellos que recuerden hechos precedentes, reconocerán que todo lo que se necesita es la observancia simple y recta del acuerdo entre los Gobiernos de los distintos países firmantes del Pacto de No Intervención, que consiste en ordenar a sus navíos de guerra permanecer fuera de las aguas jurisdiccionales españolas. Según el Derecho internacional, la costumbre, o el Pacto del Control, ningún barco tiene derecho a entrar o permanecer dentro de esas aguas, sin el permiso explícito o implícito del Gobierno legal de España.

Este acuerdo sería, además, una garantía de la buena fe de los Gobiernos hacia el Gobierno legal de España, especialmente teniendo en cuenta que las aguas territoriales españolas comprenden la totalidad de las costas de España, ya que, no habiendo sido reconocidos los

insurrectos como beligerantes, no tienen ninguna representación, según el Derecho Internacional; y, por tanto, no pueden poseer aguas territoriales. Cualquier acto de fuerza de los navíos que actúan bajo las órdenes de la Junta rebelde, ha sido, y es todavía, un acto de piratería, y el Gobierno británico, a través de los siglos, ha hecho que su Armada tuviese siempre presente la máxima, universalmente reconocida, de que «el pirata es un enemigo de la raza humana».

Si, en efecto, la Gran Bretaña y Alemania hubiesen seguido ahora el precedente que sus fuerzas navales sentaron en Cartagena en 1873, durante la última guerra civil española, cuando el caso de los barcos de guerra insurrectos «Victoria» y «Almanza», planteó un conflicto parecido al actual, la situación de hoy, desagradable, peligrosa y equívoca, no se hubiese producido.

HAROLD GRENFELL

(Compton House, Ilfracombe, Debon. INGLATERRA.—«The Manchester Guardian», 15 junio 1937.)